

DE LA MISIÓN CONTINENTAL A LA MISIÓN UNIVERSAL

La Misión “ad gentes” en el Documento de Aparecida

*Stéfano Raschiatti**

El Documento de Aparecida (Dap) aborda el tema de la Misión “ad gentes” al comienzo de la tercera parte, dentro del capítulo séptimo titulado “La misión de los discípulos al servicio de la vida plena”. El subtítulo 7.3, que introduce los párrafos 373-379, dice textualmente: “Nuestro compromiso con la misión ad gentes”. El texto menciona brevemente el compromiso de los discípulos-misioneros hasta los confines de la tierra, el Espíritu que ya está presente en las culturas y tradiciones religiosas, el debate sobre la amplitud del “campo de la misión ad gentes”, la necesidad de abrir nuestro horizonte, las instancias de la animación misionera, los misioneros que vinieron a nuestro Continente, y los misioneros que habrán de ser enviados desde nuestro Continente.

Una primera lectura de esos párrafos, tal vez no consiga transmitir un excesivo entusiasmo respecto a la dimensión universal de la misión. De hecho, estamos muy lejos de los pasajes apasionantes de Puebla (cf. P 368-369), que permanecen aún como referencia fundamental para la andadura misionera latinoamericana, y lejos de las líneas de acción que sugiere el Documento de Santo Domingo (cf. SD 125-128). Por otra parte, esa mirada que el DAp dirige hacia dentro, acentuando la preocupación por la vida de nuestros pueblos y por la situación de la Iglesia “en” el Continente, quizás haya frenado en cierta medida el ímpetu o la sensibilidad de la mirada hacia fuera.

Sin embargo, a mi modo de ver, el capítulo donde se aborda el tema de la misión ad gentes es uno de los más interesantes. En él encontramos tres aspectos esenciales: primero, el fundamento o la dinámica de la misión: “Vivir y comunicar a nuestros pueblos la vida nueva en Cristo”; segundo, la necesidad de una “metanoia” personal y estructural para convertirse en sujeto de la misión: “Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades”; tercero, la necesidad de extender la misión al mundo entero: “Nuestro compromiso con la misión ad gentes”.

Este esquema, fundamento-conversión-extensión, intenta responder a uno de los propósitos principales de la V Conferencia: “la Iglesia está llamada a repensar en profundidad su misión y a realizarla con fidelidad y audacia en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales” (Dap 11); y, al mismo tiempo retoma con vigor un eje que ya fue vital en Puebla: *“La Evangelización ha de calar hondo en el corazón del hombre y de los pueblos; por eso, su dinámica busca la conversión personal y la transformación social. La Evangelización ha de extenderse a todas las gentes; por eso, su dinámica busca la universalidad del género humano. Ambos aspectos son de actualidad para evangelizar hoy y mañana en América Latina” (Puebla 362).*

Cuando hablamos de misión, hemos de tener presente que existe una fecunda tensión entre dos elementos: profundidad y extensión. Profundidad: un conocimiento y adhesión siempre mayor a la propuesta de Jesús, tanto por parte de los sujetos (comunidad eclesial), como por parte de los destinatarios de la misión (personas o sociedad). Extensión: traspasar los límites, romper barreras, salir del patio de la propia casa para ir al encuentro del pobre y del “otro”, hasta los confines de la tierra. Estas dos exigencias no se suceden linealmente (primero “profundidad” y después “extensión”), sino que una y otra se implican circularmente, de forma parecida a lo que ocurre con el discipulado y la misión: cuanto

mayor es la misión y extensión, tanto mayor es el discipulado y la adhesión a Jesús, y viceversa.

El tema de la misión ad gentes adquiere un sentido especial cuando se hace una lectura más atenta del Documento y, a la luz de la sugestiva temática del discipulado misionero, se lee en las entrelíneas y se descubre, más allá del mismo Documento, el espíritu que lo anima; más aún, se podría decir que este tema es esencial como elemento clave para comprender el valor de las perspectivas de Aparecida, y de cara a la Misión Continental.

Esta última perspectiva constituye uno de los más importantes legados de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. La Misión Continental, a partir del significado que fue adquiriendo a lo largo de todo el proceso 'pre-Aparecida y post- Aparecida', se convierte en símbolo del salto decisivo de una Iglesia que pasa de promover algunos eventos misioneros para congregar más fieles, a situarse en estado permanente de Misión. Dicho salto corresponde a una renovada comprensión de la Misión en sus diversos compromisos más allá de todas las fronteras.

FUNDAMENTO DE LA MISIÓN: VIVIR Y COMUNICAR LA VIDA NUEVA EN CRISTO

En primer lugar, ¿qué entiende por 'Misión' el DAp? La tercera parte del texto da respuesta a esa pregunta retomando "ad Gentes" n.2: "La Iglesia peregrina es misionera por su propia naturaleza, porque tiene su origen en la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre (AG 2). Por eso, el impulso misionero es fruto necesario para la vida que la Trinidad comunica a los discípulos" (DAp 347)

La primera novedad de la declaración conciliar se encuentra en la palabra "naturaleza", que quiere decir "esencia": la Iglesia es misionera por esencia. Esa esencia es la propia esencia de Dios, porque "este designio brota del 'amor fontal', esto es, de la caridad de Dios Padre" (AG 2). Dicho en otras palabras, la misión viene de Dios porque Dios es amor, un amor que no puede contenerse, que transborda, que se comunica, que sale de sí ya con la creación del mundo, y, después del pecado de la humanidad, con toda la historia de la salvación que busca reintegrar a todas las criaturas en la vida plena del Reino. Ese desbordamiento histórico de la Trinidad Inmanente, designado como propio de la Trinidad Histórico-Salvífica, configura la misión de Dios (Missio Dei). De alguna manera, el propio Dios se auto-envía mediante la misión del Hijo y del Espíritu, y a través de ellos el propio Padre se revela como amor (cf. Jn 14,9). ¹ En resumen, Dios es misión; la misión existe con Dios, no se refiere en primer lugar a lo que Dios hace, sino a los que Dios es. En un orden riguroso, la misión de la Iglesia no tendría su razón de ser en una necesidad histórica de sobrevivencia o de dominación, sino que es una impulso gratuito, de dentro hacia fuera, que tiene como origen y finalidad la participación en la vida divina (cf. DAp 348)

La segunda palabra mágica es "misionera". La Iglesia es por naturaleza misionera. Eso constituye una revolución en el propio concepto de Iglesia, una Iglesia que procede de la "Missio Dei". Ya no se trata de la Iglesia que envía misioneros en calidad de "misionantes", sino que ella misma y toda ella es enviada como "misionera". Su envío no es "consecuencia de", sino la esencia. La Iglesia "es" al ser enviada; se edifica en referencia a la misión. La

misión no procede de la Iglesia, sino que es la Iglesia quien procede de la misión de Dios. La misión es anterior a todo; ahí está el cambio de paradigma. La eclesiología, por tanto, no precede a la misionología. 2 La actividad misionera no es tanto una acción de la Iglesia, cuanto la Iglesia en acción; como diría Moltmann, “no es una iglesia que “tiene” que llevar a cabo una misión, sino una Iglesia que nace de la misión de Cristo. No es una misión que deba ser comprendida a partir de la Iglesia, sino al contrario”. 3 En esto se define la propia identidad de la Iglesia.

Después de presentar el fundamento de la Misión, el DAp habla de su finalidad: “la gran novedad que la Iglesia anuncia al mundo es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la Palabra de Vida, vino al mundo para hacernos “participantes de la naturaleza divina (2 Pd 1,4), para que participemos de su propia vida” (DAp.348).

¿En qué consiste esa “participación de la naturaleza divina”? Sustancialmente, es la participación en la misión-esencia de Dios. Participar de Dios es participar de la propia vida de Jesús, de su misión de estar al servicio del Reino de la vida, ofreciendo una vida plena para todos: ese es el contenido fundamental de la misión (cf. DAp 361). El Evangelio de Jesús es su propia vida: Él trae la buena noticia de un Dios Padre, un Dios humano, cercano a cualquier persona, libertador de la opresión. El nombre de Jesús quiere decir “Dios salva”: “Él es el único Libertador y Salvador que, con su muerte y resurrección, rompió las cadenas opresivas del pecado y de la muerte, revelando el amor misericordioso del Padre y la vocación, dignidad y destino de toda persona humana” (DAp 6).

Un Dios humano

En efecto, bajo esta óptica fundamental, la comprensión de la misión ad gentes nos reconduce a comprender mejor lo que queremos anunciar, la esencia del evangelio. Con la palabra “Evangelio”, los autores del Nuevo Testamento quisieron transmitir, de formas diversas entre ellos, el anuncio fundamental de Jesús. Dicho anuncio puede resumirse así: Dios es Padre, y nosotros somos sus hijos e hijas, entre nosotros hermanos y hermanas “de sangre”. 4 Esto es lo definitivo. Todo el Evangelio está ahí. Eso no es sólo una noción, una idea; es algo vivido por Jesús de manera efectiva, en la vida práctica, y también afectivamente en una relación intensamente cariñosa con Dios y con sus hermanos: “Él nos enseñó a decir ‘Abba’ (DAp 17). ‘Abba’ quiere decir con ternura: “Papaíto”

Esa Buena Noticia anuncia una visión completamente nueva de Dios. Jesús nos presenta un Dios que no pide sacrificios: Él se sacrifica por nosotros. No pide ofrendas: Él ofrece su propia vida. No quita el pan de la boca de los pobres: Él se hace pan para saciar el hambre de las multitudes. Dios revela en Jesús su rostro profundamente humano y, en Él, la humanidad se encuentra plena y reunida en una sola familia.

“Acogemos con mucha alegría esa buena noticia. Dios-amor es Padre de todos los hombres y mujeres de todos los pueblos y razas. Jesucristo es el Reino de Dios que procura demostrar toda su fuerza transformadora en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad, En Él, Dios nos escogió para ser sus hijos, con un mismo origen y destino, con la misma dignidad, con los mismos derechos y deberes vividos en el mandamiento supremo del amor” (DAp 382).

La vida de Jesús apunta continuamente en esa dirección. Su forma de encarar la realidad se basa en una peculiar experiencia de Dios; se trata de una ética que se fundamenta en una óptica: Si de verdad creo que Dios es Padre de todos, entonces los otros son mis hermanos. Todos los otros, sin excluir a ninguno (cf. DAp 353). 5

Por eso mismo, la práctica misionera de Jesús es una continua aproximación a los pobres, y a “los otros”, para liberarlos de las ataduras que provienen de la opresión de la Ley, de los prejuicios, de la exclusión y de la dominación; y para ofrecerles una vida mejor. Así sucede con los paralíticos (cf. Jn 5, 1-18), con los ciegos (cf. Lc 9, 1-34), con los leprosos (cf. Lc 17, 11-19), con los endemoniados (cf. Mc 5, 1-20); también con las mujeres prostitutas, con las impuras, las adúlteras y las paganas (cf. Lc 7,36-50; 8,43-48; Jo 8,1-11; Mc 7,24-30), con los cobradores de impuestos (cf. Lc 19,1-10), con los mismos fariseos (cf. Jn 3, 1-15) y hasta con los opresores romanos (cf. Mt 8, 5-13).

Definitivamente, al fundamentar el discurso sobre la misión, el DAp adopta una cristología “baja”, histórica, en la que resalta el rostro humano de Dios (cf. DAp 353). Si, por un lado, es necesario redescubrir la novedad del Evangelio a partir de “un encuentro personal con Jesucristo” – expresión lapidaria que retorna como un ‘leitmotiv’ a lo largo de todo el DAp -, por otra parte se hace necesario contemplar a ese Jesús “tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias” (DAp 139)

A fin de cuentas, ¿quién es ese Jesús que nosotros creemos haber encontrado? ¿Es el Mesías de nuestros deseos y sueños, o el Crucificado del Evangelio? Esa trampa está preparada siempre en el camino de los misioneros. Al preguntar quién es Jesús, estamos cuestionando al mismo tiempo la autoridad, la finalidad y la calidad de nuestra misión. Para dar respuesta a esa pregunta, es necesario descubrir continuamente lo que Jesús hizo y lo que dijo de sí mismo. De la auto-comprensión de Jesús emerge la misión y la identidad de los cristianos: quiénes son, cuál es su propuesta de vida, y cuál es su Evangelio.

Según los Evangelios, si queremos encontrar a ese Jesús es necesario ir a Galilea. 6 Allí está él “predicando la Buena Noticia del Reino y curando todo tipo de enfermedades” (Mt 4,23). Para sus familiares, Jesús está loco (Mc 3, 21), las autoridades lo consideran poseído por el demonio (cf. Jn 10,20), y mucha gente piensa que es “un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11, 19). Muchos de sus discípulos lo abandonan (cf. Jn 6,66). Y hasta Juan el Bautista parece tener sus dudas (cf. Mt 11,3).

“¿Y vosotros, quien decís que soy yo? (Mt 16,15). En efecto, quienes se decantan por seguir a Jesús, no parece que lo conozcan mucho mejor (cf. Mt 16, 15-23). “Nosotros esperábamos que él fuese el libertador de Israel” (Lc 24,21), así se lamentan al final los dos discípulos de Emaús; esperaban otro tipo de Mesías. El pueblo de Israel aguardaba la venida del “Hijo de David”, un Mesías libertador, pero al estilo de David: poderoso, triunfador, y...sanguinario (cf. 1Cro 22,8). El que aparece, en cambio, es “un Hijo del hombre” que realiza las promesas de Dios a través de su humanidad y de su compasión, declarándose contrario a todo poder y dominación 7: él no es el Mesías que proclama “el día de la venganza de nuestro Dios” (Is 61,2). Por el contrario, anuncia sencillamente un Dios amor, Padre de todos; no sólo de Israel, sino también de los extranjeros y de los enemigos. Por este preciso motivo, ya desde

Nazaret, 8 Jesús es sentenciado a muerte. Y de forma semejante, Pablo será preso y condenado cuando vuelva a Jerusalén, no por haberse encontrado con Jesús en el camino de Damasco, sino por causa de su misión entre los paganos (cf. Hech 1,22).

El problema está en que Jesús presenta una visión de Dios sorprendentemente nueva. Dios es Misión. Dios revela en Jesús su rostro profundamente humano, en la aproximación a cualquier condición humana. Jesús convida a toda persona, pueblo o sociedad para que, a partir de Él mismo, de su vida y de su misión como Hijo de Dios e Hijo del Hombre, podamos repensar a Dios: “A todos nos toca recomenzar desde Cristo” (DAp 12)

Una vida en plenitud

El desconcierto producido por Jesús al anunciar un Dios de brazos abiertos para toda la humanidad, acompaña a su Iglesia hasta nuestros días; como discípulos-misioneros, estamos siempre en camino intentando comprender el misterio de su persona, y adhiriéndonos a su misma misión. Él es el Camino, la Verdad y la Vida que nos sorprende continuamente, y que desafía nuestras orientaciones, nuestras convicciones y nuestras pretensiones.

No es casualidad que, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, 9 ninguna sociedad de Occidente y de Oriente haya aceptado pacíficamente la figura de Jesús; siempre acarreó rupturas, porque había una lógica de valores y prioridades que entraban en profundo conflicto con las estructuras de poder, propias de dichas sociedades y culturas. El anuncio de un Dios transgresivamente humano, causa indignación entre los hombres de la Ley, entre los poderosos (cf. Jn 9, 13-33). En efecto, Jesús se multiplica dando instrucciones a sus discípulos sobre la manera de actuar frente a las persecuciones inevitables, pues Él no ha venido a traer paz (cf. Mt 10, 34). El Evangelio es Buena Noticia liberadora para los pobres y los humildes, pero, al mismo tiempo, es una noticia terrible y amenazadora para los ricos y poderosos (cf. Lc 1, 52-53)

Sea como fuere, el Dios de Jesús quiere que todos sean felices. Él también se siente cada vez más feliz, en la medida en que las personas viven bien:

“La vida en Cristo incluye la alegría de comer juntos, el entusiasmo para progresar, el gusto de trabajar y aprender, la alegría de servir a quienes nos necesiten, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, y todas las cosas con las que el Padre nos regala como signos de su amor sincero. Así podremos encontrar al Señor en medio de las alegrías de nuestra limitada existencia y, de esa forma, brotará una sincera gratitud” (DAp 356).

La única cosa que se nos pide -porque es la única que humaniza plenamente-, es vivir como hijos del Padre y como hermanos entre nosotros. Nuestra fe no constituye una moral o un rito: ella funda un humanismo y se realiza en él. Amar lo humano en todas sus manifestaciones y limitaciones es divino, y esto es lo que se les exige a los discípulos-misioneros.

“La misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene un destino universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos

los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño” (Dap 380).

El Evangelio nos dice las condiciones para salvar la propia alma; indica cómo vivir plenamente, humanamente, en base al amor gratuito. En eso mismo está ya la recompensa.

En ese sentido, desde un punto de vista bíblico, el tema del discipulado misionero es extremadamente sugestivo y revelador. Evoca un enfoque típicamente ‘mateano’ que conecta el Sermón de la Montaña (Mt 5-7) con el gran Mandato misionero (Mt 28,16-20). 10 La Montaña de Galilea es la misma. En un primer momento, aquí son proclamadas las Bienaventuranzas, y el manual del discípulo de Jesús, es decir, lo que significa ser discípulo suyo y el contenido de la misión. En un segundo momento, al final del Evangelio, se nos dice que, en esa misma Montaña, el Resucitado envía sus discípulos a “hacer discípulos” en todas las naciones; ese es el objetivo de la misión.

Para Mateo, “discípulo” no significa exactamente “seguidor” de una nueva doctrina, y menos todavía “neófito” de una tradición religiosa o de una escuela de espiritualidad; discípulo es el “practicante” de la Palabra, aquel que pone en práctica las palabras del Maestro (cf. Mt 7,21). Mateo insiste sobre este aspecto a lo largo de todo su evangelio; lo que salva es la obra de misericordia, no la adhesión a una religión o a las prácticas de piedad, y ni siquiera el encuentro con Jesús (cf. Mt 25, 31-46). 11 Pablo es aún mucho más claro: “porque en Jesucristo, lo que cuenta no es la circuncisión o la no-circuncisión-la adhesión a una tradición religiosa -, sino la fe que actúa por medio del amor – la práctica de vida-“(Gal 5,6). El DAp dice también:

“Para configurarse verdaderamente con el Maestro, es necesario asumir la centralidad del Mandamiento del amor, que Él quiso llamar suyo y nuevo: “Ámense los unos a los otros, como yo los he amado” (Jn 15,12). Este amor, con la medida de Jesús, total don de sí, además de ser el distintivo de cada cristiano, no puede dejar de ser la característica de su Iglesia, comunidad discípula de Cristo, cuyo testimonio de caridad fraterna será el primero y principal anuncio, “reconocerán todos que son discípulos míos” (Jn 13,35).(Dap 138)

La vida plena sólo se encuentra en la vivencia de un amor radical, gratuito y universal, según el espíritu de las bienaventuranzas (cf. Dap 139) y en la cercanía y el servicio a los pobres y a “los otros”. De esta forma, el discípulo se convierte en “hermano” de todos. La palabra “hermano” es prácticamente sinónimo de discípulo. Por tanto, hacer discípulos en la misión quiere decir “hacer hermanos”. La comunión de vida establecida mediante relaciones fraternas, constituye el origen, el camino y la meta de la misión: “Descubrimos, así, una ley profunda de la realidad: la vida sólo se desarrolla plenamente en la comunión fraterna y justa” (Dap 359).

Una misión que comunica vida

A partir de ahí, entendemos por qué una vida plena según el Evangelio es una vida que se convierte en don. La vida de Jesús fue un don: “tomad y comed, esto es mi cuerpo”. Nosotros, eucarísticamente, hacemos memoria de ese don cuando nos entregamos por entero en donación, hasta coincidir rigurosamente con el Don recibido. 12 La referencia

mayor es el Maestro y Señor en el lavatorio de los pies (Jn 13,1-17), y cuando nos recomienda: “vosotros debéis hacer lo mismo que yo he hecho” (Jn 13,15). O, con otras palabras: “haced esto en memoria mía”:

“La Eucaristía es el centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad: “El que me coma vivirá por mí” (Jn 6,57). En ese banquete feliz participamos de la vida eterna y, así, nuestra existencia cotidiana se convierte en una Misa prolongada” (DAp 354).

Misa y Misión tienen la misma raíz latina del verbo “mittere”, “enviar”. Y, aunque el antiguo mensaje final de la celebración eucarística no haya de interpretarse como envío misionero 13, las dos realidades están naturalmente implicadas, porque explicitan esencialmente una misma vida que gratuitamente se dona y, de esta forma, se torna plena. El DAp dedica a este enfoque uno de los pasajes más bonitos, en el que se define qué es la misión:

“La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. El Evangelio nos ayuda a descubrir que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma vida. Se vive mucho mejor cuando tenemos libertad interior para darlo todo: “Quien aprecie su vida terrena, la perderá” (Jn 12,25). Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión” (DAp 360).

La vida no es para ser guardada, sino para ser entregada. La frase de Jn 10,10 “yo he venido para que todos tengan vida y la tengan en abundancia”, ha sido frecuentemente utilizada en nuestras pastorales sociales, pero no raramente se ha convertido en un eslogan equivocado. ¡Cuántas veces se entregaron los misioneros y misioneras para que los pobres tuviesen “vida en abundancia”; pero la conquista de esa vida, en términos de vivienda, tierra, trabajo, educación, salud, etc., fue recibida otras tantas veces como vida para sí, sin aprender a compartir, sin misión, sin ser don para los otros! ¡Cuántos líderes abandonaron las luchas sociales después de haber alcanzado sus propios objetivos! Sin duda, la misión cristiana beneficia gratuitamente a mucha gente, pero deja de hacer discípulos-misioneros cuando no consigue que sus destinatarios entren en la lógica del don y participen así de la propia vida de Dios (cf. DAp 348).

Ese discernimiento puede parecer cruel, pero es necesario para la misión ‘ad gentes’; si es verdad que “la evangelización va siempre unida a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana” (DAp 26), también es verdad que la línea divisoria entre promoción humana y discipulado misionero se sitúa precisamente en el don de la vida, no sólo recibido sino también ofrecido. ¿Estamos realmente evangelizando? ¿Estamos ayudando a nuestros interlocutores a convertirse en protagonistas de la misión y no quedarse sólo en destinatarios de la misma? ¿Estamos saliendo de la planicie para escalar junto con ellos la cima de la montaña de Galilea, y para ser enviados a “los otros”?

Es necesario tener muy claro que el objetivo último de la misión no es hacer obras (filantropía), sino hacer discípulos-misioneros que pongan en práctica la Palabra, participantes de la vida divina. Esto hace que la vida siga fluyendo; una vida entregada a otra

vida para que ésta, a su vez, sea un don. La Iglesia en América Latina procura encontrar este sentido de la misión cuando afirma que es necesario “profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada cristiano en discípulo-misionero” (DAP 362).

CONVERSIÓN: RENOVACIÓN MISIONERA DE LAS COMUNIDADES

La misión de comunicar vida es la razón de ser de la Iglesia (cf. DAP 373). Por eso mismo, ella está siendo llamada a desinstalarse: “La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, en el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente” (DAP 362).

Si “misión” significa “envío”, todo envío presupone un desplazamiento y una salida: “Nosotros somos ahora, en América Latina y El Caribe, sus discípulos y discípulas, llamados a navegar mar adentro para una pesca abundante. Se trata de salir de nuestra conciencia aislada y de lanzarnos, con valentía y confianza (parresia), a la misión de toda la Iglesia” (DAP 363). La conversión misionera de la que habla el DAP en una de sus páginas centrales (cf. DAP 7,2 Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades), consiste sustancialmente en una salida. Para la Iglesia, esa conversión se realiza en salir de sí, del círculo de la propia comunidad y de los confines de la propia tierra. Paradójicamente, la Iglesia encuentra en esa salida su razón de ser y su propia identidad.

El DAP presenta cinco perspectivas de “salidas” misioneras para la Iglesia de América Latina y el Caribe: salida de las estructuras ((cf. DAP 365), de las personas (cf. DAP 366), de las relaciones (cf. DAP 368), de las prácticas (cf. DAP 371), y de las fronteras (cf. DAP 376).

La salida de las estructuras: “abandonar las estructuras caducas” (DAP 365)

El verbo “mittere” anteriormente mencionado, y del que deriva la palabra “misión”, significa también ‘liberar’, ‘dejar andar’, ‘soltar’- de ahí viene la palabra dimisión - ; por eso la misión tiene mucho que ver con libertad y liberación. El anuncio del Reino de Dios necesita “andar suelto” por los caminos del mundo. Las estructuras, haciendo el papel de jaulas, aprisionan muchas veces a los misioneros. Las ataduras institucionales no permiten a veces que la misión vaya libremente por el mundo afuera; siempre aparecen ‘necesidades’ que aprisionan la misión aquí, en las redes burocráticas y tribales de la institución. De nada sirve hablar de una Misión Continental si no hay libertad de acción en la Iglesia. Comblin afirma que “la evangelización supone libertad, esa libertad que el Papa concedió a San Francisco de Asís, y que San Ignacio tuvo que reconocer a San Francisco Javier”. 14

El envío misionero es expresión de una ruptura con los tinglados del sistema, con los férreos esquemas estructurales e institucionales, tanto políticos como culturales, tanto seculares como religiosos. La gratuidad generada por la misión produce agilidad, apertura y libertad, más allá de cualquier frontera. No es casualidad que, en la historia de la evangelización y en la propia cultura misionera, siempre haya habido una cierta condescendencia ante la libertad de los misioneros respecto a leyes y normas de la Iglesia.

Por tanto, la primera salida que apunta el DAp está relacionada con las estructuras: “Abandonar las estructuras caducas que ya no favorecen la transmisión de la fe” (DAp 365). Actualmente, esto no sirve solamente para los misioneros ad gentes, sino para toda la Iglesia “misionera”. Es interesante que el DAp no diga claramente cuáles son estas estructuras, afirma simplemente que “esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales” (DAp 365). La palabra “todas” apunta hacia un cambio global en todo el conjunto, y no sólo una mera adaptación de alguna situación aislada; detrás de estructuras materiales, institucionales y jurídicas que enmarcan la misión de la Iglesia en el mundo, hay arquetipos histórico-culturales, hay paradigmas y cosmovisiones que configuran una determinada mentalidad necesitada de una profunda conversión. Las estructuras por sí solas no son capaces de convertirse. Son únicamente un medio. Por eso, esta conversión ha de entenderse como una “metanoia” eclesial - cambio: metá; de mente: nous -, tal como ya está descrito en Redemptoris Missio:

“La acción evangelizadora de la comunidad cristiana, primero en su propio territorio y luego en otras partes, como participación en la misión universal, es el signo más claro de madurez en la fe. Es necesaria una radical conversión de la mentalidad para hacerse misioneros, y esto vale tanto para las personas, como para las comunidades” (RMi 49)

¿En qué consiste esa “radical conversión de la mentalidad” por parte de la Iglesia? Muy probablemente, consiste en cambiar el propio concepto de misión. En la historia de la Evangelización, la misión fue entendida siempre, a partir de la cristiandad, como un “ad extra” geográfico que tenía como objetivo la expansión e implantación de la Iglesia en el mundo. La misión cristiana en medio de los diferentes pueblos fue muchas veces marcada por un trágico sentido de superioridad y por una presunción civilizadora absolutamente secular. 15 Esa mentalidad se trasladó también a la misión ad intra, en una recientísima perspectiva de nueva evangelización en los países de antigua y nueva tradición cristiana (cf. RMi 33), cuando a los destinatarios de la misión se les designa frecuentemente con el nombre de “distanciados”. ¿“Distanciados” de qué? Evidentemente de la Iglesia, que permanece en el centro de una cosmovisión absolutamente auto-referencial y exclusivista. Con esa mentalidad, ni se sospecha que pueda ser la propia Iglesia la que, de hecho, anda distanciada de los pueblos.

¿Será la propia misión ad gentes una de las estructuras caducas, a las que se refiere el DAp.365? En muchos sentidos, sí. Por tanto, ¿cómo será posible hablar hoy de “renovación misionera” de nuestras comunidades, si el propio concepto de misión está ultrapasado? Por la misma criba pasan también otros pilares fundamentales de la teología de la misión, tales como la unicidad de la salvación en Cristo y la necesidad de la Iglesia. Dichos conceptos, ¿serán también estructuras caducas que deben abandonarse? La pretensión universalista cristiana está basada en la proclamación de un único y verdadero Dios, y en la adopción de medios específicos para la salvación. Si quitásemos esos dos conceptos claves, no habría razón alguna para la misión ni para la existencia de la propia Iglesia. En consecuencia, ¿cómo reafirmarlos, evitando al mismo tiempo cualquier tipo de fundamentalismos y exclusivismos? 16

La reflexión teológica y la práctica misionera se unen en esta búsqueda a partir de la convicción de que Cristo y la Iglesia continúan siendo un misterio de fe. Participamos de este

misterio en la medida en que nos aproximemos siempre, más y más, a través de nuestra comprensión, de nuestra práctica y de nuestra misión. Comprender la misión, no como actividad o territorio, sino como “esencia” de Dios y de la Iglesia, significa participar de una práctica “jesuana” de cercanía con los otros y con los pobres, para comunicar vida en términos de humanidad, compasión, gratuidad y fraternidad sin fronteras, como camino de salvación. “Fuera del don de la vida, acogida y ofrecida, y fuera de la fraternidad, no hay salvación”; así se expresa el DAp con otras palabras (cf. DAp 359-360).

El camino de la misión en dirección al Reino es siempre un caminar en el Espíritu que exige trabajo permanente y penitencial, discerniendo entre el deseo, la esperanza, los riesgos que hay que asumir, y la realidad. Dicho discernimiento se hace a partir de los orígenes del camino, y constituye el elemento esencial para no confundir la fidelidad al Señor con la fijación en modelos históricamente limitados. Las estructuras caducas que es preciso abandonar están sedimentadas en lo más profundo de nuestra conciencia eclesial. Por eso mismo, se necesita una acción insistente, paciente y participativa para conseguir un cambio de mentalidad, de donde pueda surgir una nueva manera de pensar y de actuar, de caminar y de soñar, a partir de la perspectiva de la “Missio Dei”

La salida de las personas: “llamadas a asumir una actitud de permanente conversión pastoral” (DAp 366)

Si la primera conversión apuntada por el Documento de Aparecida afectaba a las estructuras, la segunda afecta al corazón de las personas, es decir, a su capacidad de dejarse tocar y cuestionar por las situaciones. La acción misionera nace siempre de una compasión, que a su vez surge de una visión y de una escucha (cf. Ex 3, 7-8; Mt 9, 36). Por tanto, es necesario salir de sí mismos para ponerse en disposición de prestar una gran atención, y contemplar así la realidad.

Curiosamente, el tema de la conversión es abordado por el DAp como exigencia fundamental para la propia Iglesia y para todos sus agentes, antes de referirlo a los destinatarios de la misión (cf. DAp 366). Siguiendo el espíritu del Vaticano II, el Documento de Aparecida constata que, en la coyuntura actual de grandes transformaciones, “nos sentimos interpelados a discernir los signos de los tiempos” (DAp 33), y a “asumir una actitud de permanente conversión pastoral” (DAp 366). En medio del cambio global, la Iglesia necesita cambiar también, pero no sólo en su modo de ser pastoralmente 17; necesita ser evangelizada de nuevo para convertirse en una Iglesia llena de ímpetu y de audacia evangelizadora (cf. DAp 549). La conversión es una invitación que se hace al corazón de la misma Iglesia, antes que al mundo.

La prioridad es clara. La misión es un asunto de mujeres y hombres nuevos: “No hay nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas” (DAp 538). Pero esa conversión de las personas no se resume en un simple proceso de buenas intenciones, sino que, por parte de quien efectivamente se dispone a salir de su propio mundo, se traduce siempre en una nueva manera de pensar, de sentir y de ver la realidad.

El anuncio del Evangelio a todos los pueblos ha de prestar atención al misterio de Dios, pero también al misterio de la persona humana que se convierte en interlocutora de esa misión.

Humanidad y compasión se traducen, testimonialmente, en una salida de sí que después se concretiza en la proximidad y en el reconocimiento del otro. ¿Quién es, finalmente, el otro? Siempre hubo aquí un problema. Los destinatarios de la misión fueron identificados como gentes, paganos, infieles. 18 Más tarde, para suavizar cualquier sentido de superioridad y de exclusivismos, se comenzó a hablar de “no-cristianos”; pero se cayó en una evidente redundancia, intentando definir algo a partir de su negación. Mientras tanto, el discurso eclesial continúa usando convencionalmente este tipo de expresiones porque no tiene otras mejores y más “políticamente correctas”, y no siempre con la debida actitud penitencial ante la carga histórica que ellas representan. Así y todo, el otro permanece siempre como algo indefinido que debe ser reconocido y cogido por la misión al como él se presenta.

La misión evangelizadora en la América de todos los tiempos ha sido deficitaria en cuanto al reconocimiento de los otros y de sus culturas. Pero hace cuarenta años, Medellín comenzó a abrir los primeros espacios de descolonización, al identificar el destinatario de la misión con el pobre, un pobre con rostro concreto (cf. Puebla 31-39) y reconocido en “su valor inestimable a los ojos de Dios” (Medellín, 15.7). Solamente los ojos de Dios consiguen ver en las “ovejas perdidas” la imagen copiosa de la “gran cosecha” (cf. Mt 9, 36). La opción por los pobres es fundamentalmente una opción de fe y al mismo tiempo, si es que hay algún intervalo de tiempo entre las dos cosas, una opción por el ser humano. Una opción para salvar a la persona de la dependencia opresora y de la dominación injusta, y una opción para encontrar a Dios (cf. DAp 257). Esto implica para la Iglesia un desplazamiento fundamental, una radical salida de sí que nace de una concretísima práctica misionera, en términos de identificar y cuestionar la realidad del mundo desde el punto de vista de las víctimas, de los crucificados y de los injusticiados. Implica también, sobre todo, la adhesión a un proyecto de mundo global más justo y solidario, significativamente “otro”. Diferente de aquel que tenemos delante de los ojos. Un mundo sin Lázarus y sin Epulones. “Una familia de más o menos todos iguales”, como pedía generosamente un patriarca “sertanejo” de la Isla del Bananal. 19

La salida de las relaciones: “vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación” (DAp 368)

La tercera salida se refiere a las relaciones. Para el Documento de Aparecida, el responder las relaciones ad intra en la Iglesia, es de fundamental importancia para la misión (cf. DAp 159). Sólo una Iglesia articulada en torno al principio de comunión y no en torno a la institución, en torno a la dimensión equitativa del Pueblo de Dios y no en torno a la Jerarquía, podrá ser “signo e instrumento de reconciliación para nuestros pueblos” (DAp 162).

Si la referencia para la misión es la vida trinitaria, hay que advertir que dentro de la Trinidad no existe jerarquía entre las tres divinas personas, sino amor; un amor que transborda y que se torna misión. Después, si en la práctica se hace necesaria una jerarquía para administrar las relaciones o para encaminar la misión, eso no está relacionado con la identidad trascendente de la Iglesia, sino que, debido al misterio de la encarnación, atañe a su concreción histórica. Es necesario tener esto muy claro: la Iglesia tiende hacia una comunidad de amor absolutamente igualitaria y fraterna, que encuentra en Dios, no sólo su inspiración sino su propio horizonte y su esencia.

Por esa razón, la Iglesia necesita salir de un esquema excesivamente jerárquico-institucional y caminar hacia una práctica asidua de la fraternidad, en la que somos llamados continuamente a reconstruir relaciones entre géneros, personas, pueblos y ministerios diferentes, con la seguridad de que es posible un diálogo abierto y verdadero entre las personas, y apostando por un espacio común de coexistencia fraterna donde todos son reconocidos: “Hoy, más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral” (DAp 368).

Además, ese repensar las relaciones no puede quedarse solamente ad intra, como si la Iglesia fuese una especie de “arca de salvación”. Esa comunión y participación deberá reflejarse inmediatamente en la misma propuesta misionera. La misión, por su propia definición, no puede llevarse a cabo en casa ni a partir de la casa. No adelanta llamar a los demás para que entren en nuestra sedentaria comunión casera; necesitamos crear comunión y participación en medio de los otros. Efectivamente, la misión se desarrolla de la forma siguiente: no podemos esperar a que las personas vengan a nosotros, es preciso que nosotros vayamos a su encuentro y les anunciemos la Buena Nueva allí donde ellas se encuentran. Este principio parece obvio; sin embargo, en la práctica, la Iglesia siempre tuvo la tentación de evangelizar a los pueblos a partir de su propia condición, permaneciendo en su puesto, a partir de su propia cultura, enviando y delegando sus misioneros, pero sin implicarse ella en un movimiento de salida y de inserción en las instituciones que deseaba evangelizar.

En ese sentido, algunas metáforas empleadas por el DAp al hablar de la Iglesia y su misión pueden inducir a equívocos. Por ejemplo, la frecuente imagen de la Iglesia como “casa o escuela” 20 y el verbo “acoger” que les acompaña expresan una dinámica misionera sólo por analogía. Misionero no es, propiamente hablando, aquel que acoge sino el que por antonomasia es acogido; no es el dueño sino el huésped. Desde el Vaticano II, misión es un término que sirve a veces para describir toda acción de la Iglesia; sin embargo, si no queremos vaciar su sentido, no podemos perder de vista lo que específicamente se entiende con esa palabra. La dinámica de la misión implica siempre un salir al encuentro.

Una Iglesia enviada es una Iglesia que vive fuera de casa, y hace la experiencia radical del seguimiento, del despojamiento y de la itinerancia, como compañera de los pobres (cf. DAp 398) y como huésped en la casa de los otros. En esa práctica fundamental para su identidad, la Iglesia es llamada a salir de sus relaciones y a rehacer continuamente nuevas relaciones. El discípulo es esencialmente un peregrino y un enviado que redefine sus relaciones, dejando casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos y campos por causa de Jesús. Un Jesús que dijo “Yo soy el camino” (Jn 14, 6), y no dijo “Yo soy la llegada”. La identificación de Jesús con el camino fue algo marcante para la constitución de las primeras comunidades cristianas (cf., Hch. 9,2). 21 Esto guarda relación con una Iglesia que continuamente sale de sus relaciones adquiridas para iniciar otras nuevas, y no se contenta con la llegada sino que hace del camino su verdadera morada.

La palabra “camino” se repite más de cien veces en el Documento de Aparecida. Eso quiere indicar que el camino no aparta a la Iglesia de sus raíces o de sus relaciones. Al contrario, siempre encuentra de nuevo a Jesús en las nuevas relaciones. La misión convierte a la Iglesia

en una peregrina libre de cualquier amarra contextual, de cualquier encerramiento relacional y de cualquier privilegio institucional; y en un camino lleno de imprevistos, abierto, desarmado en la simplicidad y en la pobreza, que convida continuamente a descubrir de nuevo a Dios en la relación con el pobre y con el otro.

La salida de las prácticas: “pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (DAp 370)

La cuarta salida indicada por el Documento de Aparecida es la salida de las prácticas pastorales acostumbradas, sacramentalistas y conservadoras. El significado de las palabras “la conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera.” (DAp 370), quizá encuentren su sentido apropiado e inevitable en la conversión de los propios pastores, ya que “la renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella” (DAp 201).

Somos invitados a transformar, no solo nuestra mentalidad, nuestras personas y nuestras relaciones, sino también nuestra propia actuación. Aparecida apela a una conversión en el estilo de proyectar la misión: “el proyecto pastoral de la diócesis, camino de Pastoral Orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy” (DAp 371). En la práctica, debemos pasar del hábito de planificar simplemente una pastoral, al hábito de contar con un verdadero proyecto, es decir, no contentarse con elaborar un proyecto en el papel, sino evaluarlo continuamente, acompañarlo y modificarlo: “ese proyecto diocesano exige un seguimiento constante por parte del obispo, los sacerdotes y los agentes pastorales, con una actitud flexible que les permita mantenerse atentos a los reclamos de la realidad siempre cambiante” (DAp 371).

Una pastoral de conservación planifica simplemente, año tras año, las mismas actividades de manera repetitiva y sin reflexión alguna, sin pensar en la misión: “en ese contexto, la historia no se hace, se padece; vivimos sumergidos en un eterno recomenzar, en una historia cíclica, tejida por la rutina de la observancia en lo cotidiano; condenando la pastoral a “vegetar”, a una pastoral de manutención, a una acción fuera de la historia y, a largo plazo, anti-histórica” 22. La acción misionera implica un saber, presupone una buena y constante formación, y requiere competencia y conciencia prospectiva. Brighenti continúa diciendo:

“La competencia se adquiere mediante una formación adecuada, bíblica, teológica y pastoralmente, en dinámica interdisciplinar y trans-disciplinar. No es posible ser un buen agente de pastoral sin conocer el objeto y el método de la acción eclesial, así como el contexto en el que esa acción se realiza, es decir, el mundo; un mundo con la maraña de sus instituciones y organizaciones. La formación es una exigencia permanente para el agente de pastoral, bajo pena de que, en el caso contrario, éste quede expuesto a la incompetencia y a la inoperancia. Sin conocimiento de causa, se corre el peligro de multiplicar actos aislados y de caer en el activismo. Sólo la acción reflexionada nos hace capaces de ver lo esencial, y esto es siempre muy poco” 23.

La exigencia de formular proyectos pastorales y misioneros no es apenas fruto de circunstancias históricas actuales. La nota del Documento de Aparecida es extremadamente significativa: “No se trata sólo de estrategias para procurar éxitos pastorales, sino de la

fidelidad en la imitación del Maestro” (DAp 272). Tener un proyecto misionero significa imitar a Jesús, serle fiel. ¿Tuvo Él un proyecto misionero? Evidentemente. Lo encontramos en Mateo 9,35 – 10,42. Ahí podemos buscar líneas maestras para trazar nuestros proyectos y encontrar nuestros caminos

En efecto, al enviar a los doce para una misión itinerante, Jesús nos enseña a:

- mirar la realidad del mundo y de las personas con los ojos de Dios, orando al Dueño de la mies para que envíe operarios a su mies (cf. Mt 9, 36-38);
- llamar a personas y enviarlas en misión, de dos en dos, mediante una organización participativa y descentralizada (Mt 10, 1-4);
- definir los objetivos en torno al anuncio esencial y a los destinatarios específicos, descubriendo qué significa hoy “el Reino de Dios está próximo” (Mt 10,7), y quiénes son para nosotros “las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt 10, 5-6);
- escoger caminos de servicio a la vida; líneas de acción y de lucha contra el mal; metodologías misioneras para ir al encuentro de los otros y convirtiéndonos en huéspedes suyos; actitudes básicas ante las inevitables persecuciones (cf. Mt 10, 8-23);
- buscar los medios necesarios para conseguir metas y objetivos, sabiendo valorizar y capacitar al máximo los recursos humanos (cf. Mt 10,31), manteniendo sencillez y agilidad en el empleo de los recursos estructurales (cf. Mt 10,11), dando testimonio de austeridad, esencialidad, creatividad y justicia en el empleo de los recursos financieros (cf. Mt 10, 8b-10).

Del estudio y de la reflexión contextual sobre esos cinco elementos, se sigue después la elaboración de nuestras planificaciones y de nuestras iniciativas. Pero, antes que nada, el proyecto misionero quiere definir un estilo de misión, una manera peculiar de aproximarse Jesús a la realidad, y así queda patente el modo como el propio Dios Padre ama concretamente al mundo.

La salida de las fronteras: “no caer en la trampa de cerrarnos en nosotros mismos”

Una última salida que apunta el Documento de Aparecida, se refiere a una exigencia primordial de la misión:

“El mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los Continentes. Para no caer en la trampa de encerrarnos en nosotros mismos, debemos formarnos como discípulos misioneros sin fronteras, dispuestos a ir “a la otra orilla”, aquella en la que Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor, y la Iglesia no está todavía presente” (DAp 376)

Este texto refleja una de las limitaciones endémicas de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña, a pesar de las buenas intenciones manifestadas ya en Puebla; allí se decía: “Finalmente llegó para América Latina la hora de intensificar los servicios recíprocos entre las Iglesias particulares, y de proyectarse más allá de sus fronteras en la misión “ad gentes”. Es cierto que nosotros mismos estamos necesitados de misioneros, pero debemos dar de

nuestra pobreza” (Puebla 368). Treinta años después de esta declaración, todavía no prosperó dicha perspectiva.

Para una Iglesia que se plantea una decisiva conversión misionera, la siguiente declaración del Decreto Ad Gentes puede parecer un tanto insidiosa y desafiadora: “La gracia de la renovación en las comunidades no puede crecer si no expande cada una los campos de la caridad hasta los confines de la tierra, y no tiene, de los que están lejos, una preocupación semejante a la que siente por sus propios miembros” (AG 37). Está claro que el Vaticano II apunta hacia una dimensión universal de la misión como factor determinante para una verdadera conversión, entendida como salida.

¿En qué medida tiene sentido esta afirmación para la realidad latinoamericana? La salida de sí tiene como horizonte los confines de la tierra. Significa andar siempre “extrovertido” más allá de todas las fronteras. Esa universalidad no sólo significa “una tarea específica”, sino que también está relacionada con la propia esencia y la dinámica de la misión. Si nuestra misión fuese geográfica, cultural, étnica, social o eclesialmente limitada y se dirigiese solamente a una pequeña clientela de “elegidos”, se volvería excluyente. Juan Pablo II afirma en su encíclica misionera: “Sin la misión ad gentes, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar” (RM 34). El Documento de Aparecida menciona, como sombras en el caminar de la Iglesia latinoamericana, la falta de espíritu misionero en miembros del clero, y la falta de solidaridad en la comunión de bienes, tanto al interior de las Iglesias locales como de unas con otras (cf. DAp 100e). El número de misioneros y misioneras fuera de las fronteras del continente es bastante insignificante. El paso de “recibir dones” de otras iglesias a “dar con gratitud”, está siendo marcado por fuertes resistencias, muchas de ellas de carácter histórico y cultural. Pero, el motivo principal de una cierta introspección parece que está más en la urgencia y preocupación con la misión ad intra, a pesar de que algunos documentos inviten a superar también esta dificultad. 24

¿Cómo será posible suscitar entre nuestros bautizados y en nuestras comunidades una apertura verdaderamente misionera sin una genuina perspectiva ad extra, sin fronteras, católica, atenta y sensible al mundo entero? Sin ese aliento, corremos el riesgo de caer en una dinámica centrípeta y, a fin de cuentas, egocéntrica, traicionando así la misión y el espíritu del mismo Evangelio.

En un primer momento, mientras se preparaba la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, la perspectiva de una Misión Continental parecía ofuscar totalmente esa dimensión universal de la misión, en favor de un horizonte un tanto confeccionado y triunfalista. En el decurso del evento de Aparecida, y en los sucesivos planteamientos, ese primer proyecto asumió otra fisonomía; se invirtió la perspectiva inicial y se convirtió en expresión auténtica de la andadura latinoamericana en sus opciones de descolonización, participación, inculturación y discipulado misionero sin fronteras (cf. DAp 376). 25

NUESTRO COMPROMISO CON LA MISIÓN AD GENTES

Es bien cierto que esa salida de las fronteras asume hoy abundancia de significados. En un mundo postmoderno, aparentemente sin fronteras, esas fronteras se encuentran de hecho en todas partes. No se trata sólo de fronteras territoriales, sino también sociales y

culturales. En este espacio-mundo, comprimido por los procesos de globalización, las fronteras aparecen por todas partes, y especialmente entre nosotros.

En ese contexto, la misión ad gentes amplía su ámbito de acción por inercia. 26 Antiguamente, en la mentalidad de cristiandad, la misión ad gentes coincidía con la misión ad extra, en territorios culturalmente no-cristianos. Hoy, parece imponerse como realidad que se encuentra en cualquier lugar, especialmente en los ambientes de antigua tradición cristiana.

Con todo, es necesario hacer algunas precisiones. Según la Redemptoris Missio, existen tres diferentes situaciones misioneras: la misión ad gentes propiamente dicha, que se dirige a pueblos, grupos humanos y contextos socio-culturales en los que Cristo y su Evangelio no son conocidos; el cuidado pastoral, que se dirige a las comunidades cristianas ya constituidas; y la nueva evangelización, que tiene como destinatarios los cristianos culturales, es decir, los bautizados que perdieron el sentido de la fe y viven una vida distanciada de la Iglesia (cf. RMi 33).

Aún así, el mismo Juan Pablo II admite que los confines entre los tres sectores no son fácilmente identificables; por tanto, “no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados” (RMi 34). Eso quiere decir que una Iglesia local no puede perder de vista ninguna de las tres situaciones básicas: “La misión ad intra es signo creíble y estímulo para la misión ad extra, y viceversa” (RMi 34). Pero al mismo tiempo, es necesario elaborar proyectos misioneros a partir de una visión global y con una tensión fecunda entre los varios aspectos, so pena de descuidar exactamente “la tarea primera de la Iglesia, la de ser enviada a todos los pueblos” (RMi 34). Ese “todos”, que corresponde de alguna forma a nuestro ad gentes, significa que ninguno está excluido; su peso teológico necesita ser traducido fielmente, de continuo y concretamente, por la acción articulada de cada comunidad y por la práctica cristiana de cada discípulo misionero.

En el Documento de Aparecida podemos identificar por lo menos cinco ámbitos de actuación misionera, teniendo como leitmotiv la misión ad gentes. Esos ámbitos pueden ser contemplados como círculos concéntricos en orden a la extensión de la misión, y también como tareas que se implican mutuamente.

Misión a los corazones

El primer ámbito está indicado por una frase de Benedicto XVI, citada en el DAp 7.3: 27

“El campo de la Misión ad gentes se ha ampliado notablemente y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas o jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del Pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones” (DAp 375).

Aquí, en su nuevo paradigma, siguiendo la estela de Evangelii Nuntiandi 19 y de Redemptoris Missio 37, el campo de la misión ad gentes está definido por tres criterios: a) el criterio religioso (los no-cristianos); b) el contexto social; c) la dimensión cultural. Pero lo que más salta a los ojos es... “y sobre todo a los corazones”. La misión ad gentes se presenta esencialmente como una ‘missio ad cordia’; y en primer lugar cabe señalar la atención, la aproximación y el cuidado para con la persona humana. La misión no es una cuestión de coerción sino de corazón. En una sociedad post-industrial, las personas viven dentro de un sistema de coerciones y de cobranzas; no aguantan más. Las personas necesitan más

humanidad. Aparecida apuesta por el amor cristiano que “supera al amor humano y participa del amor divino, único eje cultural capaz de construir una cultura de la vida” (DAp 543). Pero esta afirmación, antes que verdad axiomática, ha de ser entendida como imperativo y perspectiva existencial de todos los cristianos, ya que son discípulos-misioneros por el bautismo.

No hay duda de que el gran desafío actual consiste en la reconstrucción de la identidad de las personas, y en la conquista de una libertad auténtica por parte de las sociedades consumistas. Hoy, en tiempos de crisis de la modernidad, encontramos también una crisis de las identidades en general e incluso de la identidad personal. Está emergiendo un tipo de individuo hiper-narcisista, hiper-edonista e hiper-consumista, que compromete su mismo ser libre.

Por todo esto, la misión no es primordialmente una cuestión de estructuras, de métodos y de estrategias para conseguir éxitos pastorales, sino un encuentro con las personas. El diálogo y el anuncio misionero, antes que nada, “tiene que pasar de persona a persona, de casa en casa, de comunidad a comunidad (...) buscando dialogar con todos en espíritu de comprensión y de delicada caridad” (DAp 550). De corazón a corazón. El objetivo de la misión es convertir los corazones, para que todos se tornen discípulos misioneros (cf. Mt 28,19). Eso significa que hay que practicar la Palabra y reconocerse como hermanas y hermanos, hijos del mismo Padre, y cercanos a los demás en el mundo entero.

La experiencia y la sensibilidad misionera de un San Francisco de Asís son auténtica sabiduría en este campo. Eloi Leclerc lo retrata así en un diálogo entre Francisco y Frey Tancredo:

“El Señor nos envió para evangelizar a los pueblos. ¿Nunca has reflexionado lo que significa eso? Evangelizar a una persona significa decirle: “Tú también eres amado por Dios en Cristo”. Pero no basta decírselo; necesitamos estar convencidos. Tampoco basta estar convencidos: debemos actuar con aquella persona de tal manera que ella perciba y descubra en sí misma algo que ha sido salvado, algo más grande y más noble de lo que ella antes había imaginado. Debemos, finalmente, provocar en ella el despertar de una nueva conciencia de sí misma. Eso significa anunciarle la Buena Nueva. Sin embargo, no podrás obtener ese buen resultado si no ofreces realmente tu amistad a aquella persona: una amistad real, desinteresada, sin complacencias, toda ella alimentada de confianza y de estima recíproca”

Y continúa:

“Debemos ir a las personas. Eso no es fácil. El mundo es un inmenso campo de batalla donde los hombres luchan para enriquecerse y dominar. Hay demasiados sufrimientos y atrocidades que esconden ante sus ojos el rostro de Dios. Cuando nos aproximemos a ellos, debemos evitar sobre todo el presentarnos ante ellos como una especie de nuevos competidores. Debemos ser, en medio de la gente, testigos pacíficos del Todopoderoso, sin sombra de codicia o desprecio, y capaces de convertirnos realmente en sus mejores amigos. Entonces desearán nuestra amistad; una amistad que les haga sentir que son amados por Dios y que han sido salvados en Jesucristo”. 28

Partiendo de este enfoque, podemos entender mejor la insistencia de Aparecida para hacernos amigos de los pobres:

“Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres. Día a día, los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral: educan a sus hijos en la fe, viven una constante solidaridad entre parientes y vecinos, buscan constantemente a Dios y dan vida al peregrinar de la Iglesia. A la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos. Desde esta experiencia creyente, compartiremos con ellos la defensa de sus derechos” (DAp 398).

Comunidad misionera

El segundo ámbito de la misión ad gentes que podemos identificar en el DAp es la constitución de la comunidad misionera:

“La Diócesis, en todas sus comunidades y estructuras, está llamada a ser una “comunidad misionera” (cf. ChL 32). Cada Diócesis necesita robustecer su conciencia misionera, saliendo al encuentro de quienes aún no creen en Cristo en el ámbito de su propio territorio y responder adecuadamente a los grandes problemas de la sociedad en la cual está inserta. Pero también, con espíritu materno, está llamada a salir en búsqueda de todos los bautizados que no participan en la vida de las comunidades cristianas” (DAp 168).

Aquí, la conciencia misionera es explícitamente ad gentes porque se caracteriza por “la salida, el encuentro de los que todavía no creen en Cristo; y, sólo como complemento, la comunidad “está llamada a salir en busca de todos los bautizados que no participan en la vida de las comunidades cristianas”.

Con todo, la delimitación del espacio, en su propio territorio, indica que esa misión es de carácter pastoral; es una misión dentro del redil, basada en una relación personal e íntima con sus destinatarios. El Buen Pastor “llama”, las ovejas “escuchan su voz”; él las conoce por el nombre, las acompaña fuera del redil, corre tras ellas cuando se pierden, da la vida por ellas y al mismo tiempo tiene una preocupación casi maternal con otras ovejas que “no son de este aprisco” (cf. Jn 10,1-18). La misión aquí está motivada por la caridad pastoral. 29

El sujeto de esa misión es la comunidad. Sólo una Iglesia articulada en torno al principio de comunión y no de la institución, alrededor de la dimensión equitativa de Pueblo de Dios y no de la jerarquía, podrá ser “signo e instrumento de reconciliación y paz para nuestros pueblos” (DAp 162). Incluso desde una perspectiva eclesiológica, resulta interesante ver cómo Aparecida dedica un capítulo entero a la comunión de los discípulos-misioneros, y resalta el papel misionero de esa comunión: “La Iglesia crece no por proselitismo sino “por ‘atracción’: como Cristo ‘atrae todo a sí’ con la fuerza de su amor”. La Iglesia “atrae” cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. Rm. 12, 4-13; Jn 13,34)” (DAp 159) .

En cambio, el discurso se torna más sobrio respecto a las estructuras. La Iglesia en Aparecida, siente que estamos en la hora de cambiar, pero no sabe cómo empezar. De un lado, anhela abandonar una pastoral de conservación y llevar a cabo una misión evangelizadora en medio del mundo; de otra parte, reafirma jerárquicamente sus estructuras confiando la responsabilidad de los cambios a una mayor motivación y a un mayor empeño de sus principales agentes, cuando la principal estructura que tendría que ser cambiada es la propia mentalidad eclesiocéntrica.

Cojamos, por ejemplo, la renovación misionera de las parroquias (cf. DAp 173). Eso parece más una ‘contraditio in terminis’ que una afirmación o un deseo, ya que las palabras “pastoral” y “misionera” indican tensiones diferentes y casi opuestas. Una indica preservación, “el cuidado de los fieles”; la otra, apertura, envío al diferente que no pertenece al rebaño cristiano. En efecto, la parroquia nunca fue propiamente misionera y no nació para ser misionera. 30 No es por casualidad que el Vaticano II, en sus documentos principales, como *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*, nunca habla de la parroquia. La doctrina conciliar no está interesada en hablar de la institución, porque sabe que la institución no puede convertirse. Al contrario, para indicar la Iglesia visible, el Concilio usa la palabra “comunidad”. La comunidad está compuesta de personas y de relaciones. Las personas tienen corazón, las estructuras no lo tienen. Y la misión, como dijimos antes, es una cuestión de corazón.

La comunidad representa la gran propuesta que la Iglesia hace al mundo con su misión. El mismo Evangelio convoca para la vida en comunidad. La salvación no pasa por la simple distribución de sacramentos, sino por la respuesta a una llamada al discipulado misionero que se hace realidad en una intensa vida de fraternidad. Jamás dicha fraternidad construirá círculos cerrados. La propuesta de Jesús es la de una fraternidad peregrina que se hace cercana a todos, conjugando la comunidad con la misión.

En nuestra praxis pastoral acostumbramos considerar a las “comunidades” como auténticas “cuasi-parroquias”; en vez de proponer la comunidad como el ideal de vida y de misión, acabamos reproduciendo la institución y, en consecuencia, la sacramentalización de la pastoral. En cambio, para el Documento de Aparecida las comunidades de base son focos de fe y de evangelización (cf. DAp 178-179), pequeños grupos de vida, de oración y de reflexión de la Palabra de Dios (cf. DAp 180), que, junto a las otras comunidades, forman una asamblea en la celebración de la Eucaristía. De esta forma, la parroquia viene a ser “una red de comunidades” (DAp 172) que hace sentir a la pequeña comunidad su pertenencia a una comunidad mayor. Pero, por encima de todo, la vida en fraternidad debe ser saboreada en pequeños núcleos que tengan como objetivo un compromiso misionero.

Misión continental

El tercer ámbito de la misión fue descrito como Misión Continental:

“Asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente, que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero. Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la

vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza. Por eso, se volverá imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible y hagan posible un atractivo testimonio de unidad “para que el mundo crea” (Jn 17,21.” (DAp 362).

En la preparación de la Conferencia de Aparecida, el proyecto debería asumir lo que ya fue designado como “la nueva evangelización entre los cristianos culturales” (cf. RM 33; SD 24) y la “re-evangelización entre los no-practicantes” (RM 33,37).

En efecto, la nueva evangelización encuentra en la figura del sembrador una posible metáfora. El lugar ya no es más el redil del Buen Pastor; ahora el “campo es el mundo” (Mt 13,48), lugar abierto, con riesgo e inseguridad; y el sembrador tiene que salir para sembrar. Lanza la simiente en todo tipo de terreno, pero no es él quien riega (cf. 1Cor 3,7), tampoco el que la hace crecer (cf. Mc 4, 26-29). La acción del sembrador está marcada por la radical gratuidad; él solamente lanza la Palabra de Dios, quizá pequeña como el grano de mostaza (cf. Mc 4, 30-32), y no se preocupa ni de arrancar la cizaña (Mt 13, 29). Pero está animado por una profunda esperanza de alcanzar fruto. 31

Sin embargo, la insistencia sobre la nueva evangelización durante los años noventa, produjo una cierta frustración. La perspectiva de reconquistar el “territorio perdido” por el influjo del pluralismo posmoderno, estaba contaminada de hecho por una lectura ideológica de la realidad. Por detrás de los análisis sobre el trasvase de católicos latinoamericanos a Iglesias de otras denominaciones, latía una idea de sociedad y de cultura cristiana basada en un modelo histórico de cristiandad que tal vez no existió nunca, ni aquí ni en ningún otro lugar. El convocar a movimientos de cuño integrista para esa tarea, tampoco dio los resultados esperados. De hecho, no hubo significativos avances en cuanto al número de católicos en América Latina. Más bien, parece que en algunos lugares se dio un estancamiento. 32 Si esos resultados fuesen atribuidos a la actuación de dichos movimientos, habría que decir que, a todos los niveles, el precio pagado por las comunidades católicas fue demasiado alto en cuanto a divisiones internas y al caminar cristiano. 33

Precisamente en este punto, parece que nos encontramos con una novedad en la Misión Continental, la de pasar de una nueva evangelización que se lleva a cabo principalmente mediante eventos esporádicos, - por ejemplo, con misiones populares que pretenden simplemente traer al pueblo para la Iglesia -, a una Iglesia en estado permanente de misión. Esto equivale a reconocer el contexto de pluralismo en el que se encuentra el mundo de hoy. Ese contexto no representa una situación de nomadismo de las personas. Nuestras ovejas no se sienten desgarradas y perdidas, fuera del redil de la cristiandad. Más bien, ese “estar fuera” representa muchas veces un estado de libertad y de emancipación. Dicho pluralismo es la propia casa de nuestros pueblos en América y en el mundo, y ahí tenemos que entrar, quitándonos las sandalias, para anunciar permanentemente el Evangelio y hacer discípulos-misioneros.

Por ese motivo, al acoger la propuesta de la Misión Continental no se pensó en realizar una gigantesca movilización eclesial, tampoco en articular un proyecto misionero a nivel de toda la Iglesia del Continente. Al contrario, el Documento del CELAM, “La Misión Continental para una Iglesia Misionera”(MC), posterior al encuentro de Aparecida, confiere a la Misión Continental el carácter, no de una acción misionera específica, sino el de una animación misionera en sentido analógico 34: “la misión que se realiza como fruto de la Conferencia de Aparecida debe animar, ante todo, la vocación misionera de los cristianos, fortalecer las raíces de su fe y despertar la responsabilidad para que todas las comunidades cristianas se pongan en estado de misión permanente” (MC 2).

El objetivo de esa Misión Continental se convirtió, por tanto, en una animación articulada para implementar las prioridades y los caminos que propuso el DAp, promoviendo un “plan mínimo” (MC, presentación) que pueda expresar una comunión entre todas las Iglesias latinoamericanas. El acento del documento del CELAM recae principalmente sobre la profundización en la fe por parte de los discípulos-misioneros. El Tríptico que regaló Benedicto XVI a la Conferencia de Aparecida pasó a ser un icono sugestivo y popular, símbolo de la Misión Continental. A pesar de afirmar que se trata de “fortalecer la dimensión misionera de la Iglesia en el Continente y desde el Continente” (MC 3), la perspectiva es fuertemente ad intra, tanto en términos eclesiales como en términos “territoriales”; no aparece en ningún momento el elemento ad extra. Pero el Proyecto de la CNBB (Conferencia Nacional de Obispos de Brasil), vislumbra la posibilidad de envíos de misioneros ad gentes. 35

En ese sentido, el objetivo de la Misión Continental podría ser también una ocasión para promover una inter-ayuda de las Iglesias latinoamericanas, al menos como signo y gesto común. Cada Iglesia local se sentiría llamada al compromiso de abrazar una misión mayor junto a otra Iglesia dentro del Continente. Aparecida rescata con vigor la perspectiva de la Patria Grande, “una y plural, América Latina es la casa común, la gran patria de hermanos” (DAp 525). Esa “dignidad de reconocernos como una familia de latinoamericanos y caribeños implica una experiencia singular de proximidad, fraternidad y solidaridad” (DAp 525). Retomando las palabras de Benedicto XVI, en varios lugares del DAp se dice que el Continente de la esperanza ha de convertirse en el Continente del amor (cf. DAp 64; 128; 522; 537; 543). Pero todo esto necesita expresarse urgentemente en términos de compromiso mutuo, y en proyectos misioneros más allá de las propias fronteras, para no quedarnos apenas en mera confraternización y en buenas intenciones.

Misión ad gentes

Finalmente, el cuarto ámbito indicado por Aparecida, es la misión ad gentes. Como ya señalamos anteriormente, el debate sobre la misión ad gentes se intensificó mucho en las últimas décadas. Hasta el punto de que no es posible hacer referencia a ella solamente en términos de “territorios” y de primerísima evangelización. También el contexto social y la dimensión cultural destacan como ámbitos en los que es necesario conseguir “alcanzar y como transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad” (EN 19). Desafíos como el mundo urbano, la juventud,

los nuevos fenómenos sociales, las migraciones, los areópagos de las comunicaciones, de la cultura, de la política, de la economía, forman parte de nuestra vida cotidiana y guardan relación directa con la misión ad gentes (cf. RMI 37).

Con todo, el DAp utiliza esa expresión en la forma más clásica, identificándola con la misión ad extra, y llegando a señalar la amplitud que el término ha adquirido actualmente, pero sin mayores profundizaciones (cf. 375). Sin embargo, los capítulos sucesivos, en la tercera parte del Documento, apuntan hacia ámbitos genuinos de la misión ad gentes en una perspectiva latinoamericana, o sea, desde la opción por los pobres y teniendo como horizonte universal la promoción de la vida y el Reino de Dios.

La misión ad gentes convoca hoy a la Iglesia en América Latina para un éxodo constante, junto a toda la humanidad, para una salida de la esclavitud de tantas “situaciones deshumanas” (DAp 358), y para una travesía hacia otro mundo posible. Este éxodo exige nuestra conversión diaria para que se produzca una ruptura, una “contraposición a la cultura dominante” (DAp 540), con gestos concretos (cf. DAp 397), con la entrega de la propia vida (cf. 360) y con signos que revelen la presencia de Dios:

“Señales evidentes de la presencia del Reino son: la vivencia personal y comunitaria de las Bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno, aceptando y respetando la riqueza de la pluralidad, y la lucha para no sucumbir a la tentación y no ser esclavos del mal” (DAp 383).

La imagen de una Iglesia en situación de misión ad gentes puede asociarse a la figura evangélica del pescador. El pescador no ejerce su profesión en un corral; él está totalmente perdido en alta mar. Tampoco tiene la misma perspectiva que el agricultor en relación a la simiente que dará fruto en algún lugar concreto. La pesca, en cambio, depende de la “casualidad”, de la suerte; y está sujeta a todo tipo de imprevistos y de riesgos. En la Misión, la Iglesia descubre su verdadera vocación, dejándose conducir solamente por la Palabra. La Misión ad gentes es una actividad marcada por la pura fe. 36

Para el DAp, las gentes-destinatarios de la misión son en primer lugar los pobres, en cuanto carecen de consideración por parte de la sociedad como un todo. Son igualmente destinatarios los excluidos, que además de explotados son ‘superfluos’ y ‘descartables’ (cf. DAp 65); son los transeúntes, los inmigrantes, los enfermos, los dependientes químicos, los presos (cf. DAp); personas que representan solamente un “coste social” y que, por tanto, deben ser eliminadas según la lógica neoliberal.

También la familia es destinataria de esa misión (cf. DAp 548), ya que es “patrimonio de la humanidad entera”, núcleo de la sociedad mundial que está afectada por las difíciles condiciones de vida que amenazan directamente su existencia (cf. DAp 432); y dentro de ella, todos sus miembros: niños, adolescentes, jóvenes y adultos, ancianos, padres y madres de familia. El DAp no se olvida de los areópagos de la cultura moderna y global (cf. DAp X; RMI 37c): el mundo de la educación, de las comunicaciones, de la política, de la economía, de la ciencia y la tecnología, donde el Evangelio y la Iglesia son vistos muchas veces como extraños y enemigos. Finalmente, la misión ha de poner un enfoque especial en las ciudades,

“donde surgen nuevas costumbres y nuevos modelos de vida” (RMi 37b), y en los indígenas y afro-descendientes, con los que la misión ad gentes tiene una deuda histórica.

Todo eso representa para la Iglesia de América Latina y el Caribe una misión ad gentes fuera de su casa y de sus patios; se puede decir que está zambullida en dicha misión, y que, por tanto, constituye para ella “una actividad primaria y esencial, jamás concluida” (RMi 31).

Misión universal

Si necesitásemos distinguir de alguna manera la misión ad gentes de la misión ad extra, “más allá de las fronteras” (cf. Puebla 368), esta última constituye un postrero e indeclinable ámbito de actuación misionera (cf. DAp 375)

Esta visión, lejos de representar algo ultrapasado y necesariamente vinculado a pretensiones hegemónicas del cristianismo, está apuntando a una dimensión universal de la misión que es fundamental. La expresión está estrechamente relacionada con la misión ad gentes como “misión para la humanidad”, pero es necesario distinguirlo para que no “se vuelva una flaca realidad dentro de la misión global del Pueblo de Dios y, consiguientemente, descuidada u olvidada” (RMi 34). La Misión ad extra nos recuerda que la misión ad gentes, en su radicalidad y especificidad, “se desarrolla en territorios y grupos humanos bien delimitados” (RMi 37^a), y que un contexto culturalmente no-cristiano representa un desafío mucho más complejo, y de primera importancia en relación a otros ya marcados por una tradición cristiana. Pero, sorprendentemente, el Documento de Aparecida nunca habla explícitamente de África y de Asia en términos de compromiso misionero.

De forma similar, la síntesis de las aportaciones recibidas de las diversas Iglesias locales del Continente para preparar la Conferencia de Aparecida, señala grandes ámbitos de la misión para “la construcción del Reino en América Latina y el Caribe”, pero nunca habla de la misión ad gentes ni de la misión ad extra. 37 El llamamiento que hace la Exhortación Apostólica Ecclesia in America parece haber sido olvidado o rebatido por la práctica y por la reflexión misionera de nuestras iglesias:

“El programa de una nueva evangelización en el Continente, objetivo de muchos proyectos pastorales, no puede limitarse a revitalizar la fe de los creyentes rutinarios, sino que ha de buscar también anunciar a Cristo en los ambientes donde es desconocido. Además, las Iglesias particulares de América están llamadas a extender su impulso evangelizador más allá de sus fronteras continentales. No pueden guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano. Han de llevarlo al mundo entero y comunicarlo a aquellos que todavía lo desconocen. Se trata de muchos millones de hombres y mujeres que, sin la fe, padecen la más grave de las pobreza. Ante esta pobreza sería erróneo no favorecer una actividad evangelizadora fuera del Continente con el pretexto de que todavía queda mucho por hacer en América o en la espera de llegar antes a una situación, en el fondo utópica, de plena realización de la Iglesia en América” (EA 74).

Actualmente, esa perspectiva puede ser pensada también en términos de misión inter gentes, una misión entre pueblos y continentes, entre iglesias locales e iglesia universal, y que se vive en el intercambio de dones, entre comunidades solidarias. Tal visión corresponde al espíritu del Vaticano II, porque, “lleva en cuenta la situación de pluralismo religioso y de diáspora creciente de la Iglesia en el mundo de hoy; enfatiza la

responsabilidad de la Iglesia local de cara a la misión, quiebra el monopolio de una Iglesia que envía misioneros y otra Iglesia que los recibe; admite la reciprocidad y la conversión mutua entre agentes y destinatarios de la misión y de la Iglesia en seis continentes, y, por consiguiente, valoriza el diálogo intercultural e interreligioso; y subraya la misión como una actividad que se da más entre comunidades que entre individuos”. 38

Querámoslo o no, vivimos en un mundo globalizado que nos lanza hacia una visión mundial de los desafíos y de las perspectivas de la humanidad (cf. DAp 406). Somos ciudadanos del mundo que necesitan cuidar del planeta, casa de la humanidad-familia (cf. DAp 470-475). El cristiano hoy, más que cualquier otra persona, está llamado, por vocación propia, a ser universal, o sea, una persona que tiene responsabilidad, no sólo sobre sí mismo y su comunidad sino sobre el mundo entero mediante las opciones que toma, sus actitudes, su conciencia y sus compromisos. En una época de globalización como la nuestra, ya no es posible pensar en términos parroquiales, regionales, nacionales o continentales, porque son demasiado estrechos. Si hay salvación, será una salvación para la humanidad entera. Si hubiere paz, justicia, fraternidad, vida plena para todos desde los pobres, será en términos mundiales o no será para nadie.

Necesitamos, por tanto, educarnos para un espiritualidad universal (cf. DAp 376). Muchas veces se les recuerda a los cristianos que ellos son misioneros por el bautismo y por vocación propia (cf. DAp 284 – 285; 377), pero no se les recuerda con la misma intensidad que son universales, “católicos”, y que tienen compromisos con el mundo entero. Sin esa característica, queda completamente desvirtuado el ser discípulo-misionero. La pasión por el mundo, propia de la vocación cristiana, se expresa en sentir y vibrar profundamente por la humanidad entera, y en ser capaces de realizar sencillos gestos, atrevidos pero concretos, de un compartir solidario con otros pueblos, incluyendo el envío de misioneros y misioneras más allá de las propias fronteras. En otras palabras, es “pensar mundialmente y actuar localmente”. Sólo así nos convertiremos en signo profético de una nueva humanidad mundial, fraterna y multicultural.

CONCLUSIÓN

La discusión en torno a la misión ad gentes en el DAp, es mucho más amplia que la sección dedicada a ella. Si leemos transversalmente el Documento, podremos recoger varios elementos que están relacionados con esa perspectiva y con esa práctica, en lo que respecta a los fundamentos, a los sujetos y a los ámbitos que afectan a todo el ser de la Iglesia. Podemos afirmar también que la misión ad gentes llega a ser un elemento clave para comprender la visión, la reflexión, las propuestas y los límites de Aparecida. La actual indefinición y la complejidad de este concepto, corresponden de alguna manera a la búsqueda de un nuevo papel profético de la Iglesia en la sociedad contemporánea global. La reflexión sobre la misión desde el punto de vista bíblico, teológico e histórico, se hace necesaria para definir no solamente lo que la Iglesia es, sino también para comprender lo que Dios es.

Una reflexión sobre la misión ad gentes a partir del Documento de Aparecida y más allá del mismo, ayuda a comprender: a) a Dios en su rostro humano, cercano, lleno de compasión; b)

la promesa de una vida plena en Jesucristo; c) el misterio y el ministerio del don de la vida para todos. En consecuencia, la Iglesia, como participante de esa *Missio Dei*, encuentra su razón de ser y su continua salida: a) de las estructuras; b) de las personas (salida de sí); c) de las relaciones (ad intra y ad extra); d) de las prácticas; e) de las fronteras. Finalmente, la misión se lleva a cabo en fecunda tensión entre los compromisos contextuales y universales, tales como: 1) la misión a los corazones; 2) la constitución de la comunidad cristiana; 3) la misión continental; 4) la misión ad gentes; 5) y la misión universal. En su “proyectualidad” contextual, la misión trabaja siempre con interlocutores bien definidos, pero sin perder la perspectiva y el compromiso con un ámbito mayor

En ese cuadro global de comprensión de la misión entre fundamentos, exigencias y ámbitos de actuación, todo concurre para que la propia misión no se circunscriba en un solo aspecto, ad intra o ad extra, más acá o más allá de las fronteras, junto a los no-cristianos o junto a los pos-cristianos, sino que se vuelva eje vital, cualitativo e identificador de la vida de todo discípulo. Los compromisos específicos respecto a la misión, de ahora en adelante, tendrán que encontrar su relevancia dentro de ese cuadro más articulado de comprensión. Por otro lado, ningún plan pastoral podrá prever actuaciones restringidas solamente a un ámbito de extensión misionera, sino que deberá alargar continuamente su mirada, su compasión y su acción en la tensión entre lo local y lo mundial.

En el centro de la propuesta de Aparecida está ciertamente la Misión Continental, no sólo como proyecto de nueva evangelización, sino con un proyecto de animación misionera que quiere situar a la Iglesia en permanente estado de misión. Este proyecto se sitúa en el centro entre la comunidad-parroquia misionera y la Misión ad gentes, queriendo significar un paso pedagógico, una apertura estratégica, una salida decisiva rumbo a la misión ad gentes en su dimensión no sólo continental sino universal.

La Misión Continental es una invitación a la Iglesia para que sea “siempre más”; siempre más humana, siempre más sensible, siempre más misericordiosa. Ese “siempre más” corresponde a un continuo ir más allá de todas las fronteras. Mientras el ser humano es más sensible ante el que está más cercano, Dios es compasivo también con el que está menos próximo; o, como diría el libro del Eclesiástico, “la compasión de una persona se vuelve hacia su prójimo, en cambio la misericordia de Dios hacia todo ser vivo” (Eclo 18,12). Lo que cualifica a la comunidad cristiana es, definitivamente, la vivencia de esa misericordia sin límites “hacia todo ser vivo”. Esto hace que los discípulos-misioneros sean “perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo” (Mt 5, 48).

Traducido del portugués por Fausto Franco

Artículo publicado por la Revista Misiones Extranjeras de España, 236-237/2010.
<http://misionesextranjeras.org/~misiones/miex/documentos/236-237raschietti.html>

* Stéfano Raschiatti, sx, es un misionero italiano que llegó a Brasil hace 20 años. Es “maestro” en Teología, con especialización en Misionología por la Pontificia Facultad de Nuestra Señora de la Asunción, San Pablo SP; es asesor del Consejo Misionero Nacional de la CNBB (Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil), y Director del Centro Misionero de Brasilia, DF.

1 Ver: SUESS, Paulo. *Missão como Caminho, Encontro, Partilha e Envio. Perspectiva, Desafios e Projetos*. Em: "Igreja no Brasil, tua vida é missão. (I Congresso Missionário Nacional: POM, 2003, pp. 54-55)

2 Cf. BOSCH. "Missão transformadora. Mudança de paradigma na Teologia da Missão". São Leopoldo (RS): Sinodal 2002, p. 446

3 MOLTSMANN, J. "La Iglesia en la fuerza del Espíritu. Salamanca. 1978. P. 26

4 La expresión "de sangre" nos remite a una anécdota de Don Hélder Câmara. La cuenta él mismo en una entrevista que encontramos en la película de Érica Bauer "Don Hélder- el Santo Rebelde". En cierta ocasión, el arzobispo de Recife tuvo que interceder ante un empresario pidiéndole un trabajo para "un hermano suyo", un pobre padre de familia. El empresario, después de atender solícitamente la petición del obispo, cayó en la cuenta de que había sido engañado. "Usted me mintió –le dijo el empresario a Don Hélder Câmara - ese hombre no es su hermano ni cosa que se le parezca". Pero, ¿qué dice? – respondió Don Hélder – ¿los hijos de un mismo padre acaso no son hermanos?" El empresario insistió: "Sí, ya sé 'lo que Usted quiere decir con eso; pero es que yo había entendido que eran hermanos de sangre". "¡Eso es – terminó diciendo Don Hélder – porque la sangre que Cristo derramó por mí también la derramó por él; luego somos hermanos de sangre!"

5 Cf. CNBB. "Directrices generales de la acción evangelizadora en la Iglesia de Brasil 2003 – 2006", 114 – 120

6 El lugar es muy importante para entender la figura de Jesús, así como la misión de los discípulos. La elección de un lugar marginal, en medio de un pueblo pobre y humillado, es algo que habla por sí solo. Cf. COMBLIN, José. *O caminho. Ensaio sobre o seguimento de Jesus*. São Paulo: Paulus, 2004, p. 24-25.

7 Una de las principales definiciones que Jesús da de sí mismo es la de "Hijo del hombre". Este título se encuentra siempre en boca de Jesús (a excepción de Jn 12, 34, como respuesta a la multitud). La expresión se refiere al Libro de Daniel (Dn 7,1-14), donde se describe un sueño en el que el profeta contempla la sucesión de cuatro imperios, representados por cuatro fieras, símbolos de la crueldad y de la falta de humanidad. Ninguna de esas cuatro fieras contribuye a mejorar la suerte de la humanidad. Al contrario, con máquinas mortíferas que aplastan y destruyen la vida, imponen un poder opresor de dominación y de muerte. De repente, aparece "alguien como un hijo de hombre"; en medio de tantas fieras gigantescas y brutales, un hombre. "Le fue dado poder, gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder es un poder eterno, que nunca le será quitado. Y su reino es tal que jamás será destruido"(Dn 7,14). Los Evangelistas identifican ese Hijo del Hombre con Jesús. Él es anuncio vivo de un Dios que destruye, con su profunda humanidad, los megapoderes deshumanos que oprimen a los pueblos. Él es el triunfo de lo humano sobre lo deshumano, y, en consecuencia, la posibilidad de que la Humanidad pueda avanzar en el camino de su propia madurez y plenitud. Así, Jesús es visto como Hombre por excelencia y modelo de toda la humanidad.

8 El sentido de Lc 4,16-30 es exactamente éste. Jesús, después de haber leído el texto de Is 61,1-2, hace un comentario recordando a Elías que fue enviado no a las viudas necesitadas de su pueblo, sino a una de Sidón, y Eliseo que curó a un leproso extranjero y no a otros muchos que había en aquel tiempo en Israel. La omisión estratégica de "el día de la venganza" desencadenó la reacción violenta de los nazarenos. Cf. BOSCH, David Jacob. *Missão transformadora. Mudança de paradigma na Teologia da Missão*. São Leopoldo (RS): Sinodal, 2002, p. 157-163.

9 Cf. Bosch, p. 544.

10 Cf. RASCHIETTI, Stefano. *Ser e fazer discípulos missionários. Uma leitura do Documento de Aparecida a partir do mandato missionário de Mateus*. Revista Eclesiástica Brasileira, Petrópolis, n. 268, p. 929-948, out. 2007.

11 El encuentro personal con Jesucristo, tan repetido en todo el DAp, particularmente en el capítulo 6, puede que no resuelva gran cosa si dicho encuentro no conduce a abrazar la puesta en práctica de la Palabra y de la misión. En el encuentro con Jesús, el joven rico no acepta seguir a Jesús, un seguimiento que se concreta inmediatamente en la salida de sí mismo, en dejar sus bienes, en favorecer a los pobres y en entregarse totalmente a Dios (cf. Mc 10,17-22). El encuentro con Jesús es intenso, amoroso y lleno de reconocimiento recíproco, pero, al final, improductivo.

12 Aplicado a la vida de los Presbíteros, esto tiene un significado muy especial. "La auto- donación de Cristo, que tiene su fuente en la vida trinitaria del Dios-Amor, alcanza su más alta expresión en el sacrificio de la Cruz, cuya anticipación sacramental es la última Cena. No es posible repetir las palabras de la consagración sin sentirse implicado en ese movimiento espiritual. En cierto sentido, el sacerdote debe aprender a decir también

de sí mismo, con verdad y generosidad, esas palabras: "tomad y comed". De hecho, su vida tendrá sentido si él sabe hacerse don, colocándose a disposición de la comunidad y al servicio de cualquier persona que pase necesidad" JOÃO PAULO II. Carta a los Presbíteros con ocasión del Jueves Santo de 2005.

13 La celebración eucarística se terminaba con la despedida del sacerdote: "ite, missa est", "id, la [oración] fue enviada [a Dios]". De ahí el nombre de "Misa".

14 COMBLIN, José. O papel histórico de Aparecida. Revista Eclesiástica Brasileira, Petrópolis, n. 268, p. 885, out. 2007.

15 Cf. BOSCH, p.413

16 Para profundizar en estos temas fundamentales para la fe cristiana: DUPUIS, Jacques. El cristianismo y las religiones. Sal Terrae.2002; DUPUIS, Jacques. Hacia un teología cristiana del pluralismo religioso, Sal Terrae. 2000.

17 En el esquema clásico, deductivo, la pastoral es vista muchas veces como aplicación práctica del depositum fidei. Sin embargo, la misión proporciona un encuentro con los pobres y con los "otros" que informa y transforma profundamente nuestra interpretación del Evangelio. La misión, en la salida de sí, transforma profundamente a la Iglesia, no sólo en el lenguaje y en las estrategias para "buscar apenas éxitos pastorales" (DAp 372).

18 El propio concepto de ad gentes está impregnado de una fuerte visión etnocéntrica y eclesiocéntrica. Los destinatarios de la misión eran gentes o pagani, dos términos que tienen connotaciones despreciativas. Quien se considera "pueblo elegido" (Laós o pópulus) designa a los otros como gentes ("populos Romanus victor diminusque ómniū gentium", diría Cicerón), o como pagani, que significa "Rudos", "toscos", "campesinos", "atrasados".

19 Ese Patriarca "sertanejo=campesino" es D. Pedro Casaldáliga. Cf. Casaldáliga, Pedro. Optar por los pobres y por la pobreza también. Disponible en <http://www.oraetlabora.com.br/artigos/arquivo16.htm>. Acesso em: 23 jan. 2008.

20 Cf. DAp 158, 167; 170; 188; 246; 272; 370

21 Cf SUESS, Paulo. Migração, peregrinação e caminhada. Revista Eclesiástica Brasileira, Petrópolis, n. 238, p.309, jun 2000

22 BRIGHENTI, Agenosr. A pastoral da o quê pensar: a inteligência da prática transformadora da fé. Sao Paulo: Paulinas, 2006, p.202

23 Ibid.

24 Una Iglesia local no puede esperar a tener una plena madurez eclesial para preocuparse con la misión más allá de su propio territorio. La madurez eclesial es consecuencia de la apertura misionera, y no sólo condición para la misma. La Iglesia que dejase atrofiado su espíritu misionero, bajo el pretexto de que todavía no fueron plenamente atendidas sus necesidades locales, estaría condenándose a la esterilidad" (CNBB –Conferencia de los Obispos de Brasil- Iglesia, comunión y misión, 119)

25 Estas palabras pueden resumir las aportaciones de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida.

26 Cf. El capítulo IV de Redemptoris Missio: "Los inmensos horizontes de la misión ad gentes" (RMi 31-40)

27 Esa cita de DAp 375, sin embargo, no confiere con: BENEDICTO XVI. Discurso años miembros do Consolô Superior das Pontificias Obras Missionárias, 5 de mayo de 2007. In:http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2007/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20070505_pom_po.html. Acesso em 1 de novembro de 2008.

28 Leclerc, Éloi. La sapienza di um povero. Milano: Edizioni Biblioteca Francescana, 1989, pp. 148 – 149.

29 Cf. GIRAD, Marc. A missão da Igreja na aurora do Novo Milênio. Um caminho de discernimento centrado na Palavra de Deus. São Paulo. 2000. P. 52-56

30 "Impresiona la lectura de estas consideraciones del teólogo Severino Dianich: 'La estructura parroquial siempre acogió a los creyentes, a quienes ya había sido transmitida la fe, y a los que debía garantizar la catequesis y los sacramentos. Es paradójico, pero es verdad que, a lo largo de su historia, la parroquia nunca estuvo preocupada con el problema del acceso a la fe del no-cristiano. Es realmente una paradoja, pero es

difícil desmentirlo”. ORLANDONI, Mons. Giuseppe. Il volto missionario della parrocchia. Linee programmatiche per l'anno pastorale 2004-2005. In: <http://www.diocesisenigallia.it/documentiword/IL%20VOLTO%20MISSIONARIO%20DELLA%20PARROCCHIA.doc>. Acesso em 15 de julho de 2007.

31 Cf. Girard, Marc, p. 56-63.

32 Cf. Diretrizes Gerais da Ação Evangelizadora da Igreja no Brasil 2008 – 2010, n. 41.

33 Esos pueden ser algunos de los motivos por los que la convocatoria para una Misión Continental, aún viniendo directamente de Roma por voluntad del Papa, no haya levantado un gran entusiasmo entre los Obispos reunidos en Aparecida. La puesta en marcha de ese proyecto fue confiada inicialmente a la Asamblea Plenaria del CELAM que se reunía en La Habana en julio de 2007(cf. DAp 551), Sucesivamente, en una especie de “empuja-empuja”, la Asamblea delegó en el propio CELAM y en sus departamentos la elaboración del Proyecto. En marzo de 2008 fue publicado un documento “La Misión Continental para una Iglesia Misionera” (MC) que fue aprobado por los Presidentes de las Conferencias Episcopales. Finalmente, la Misión fue lanzada oficialmente al concluir el 3º Congreso Americano Misionero - 8º Congreso Misionero Latino-Americano (CAM 3-Comla 8) en Quito, Ecuador, el 17 de agosto de 2008.

34 “La animación misionera”, en su sentido específico debe ser “entendida como un espíritu y una vitalidad que empuja a los fieles, a las instituciones, y a las comunidades, hacia una responsabilidad universal, formando una consciencia y una mentalidad misionera orientada ‘ad gentes’. Por eso, toda iniciativa de animación misionera se dirige siempre hacia este objetivo: formar al pueblo de Dios para la misión universal ‘específica’, suscitar buenas y numerosas vocaciones misioneras, promoviendo toda forma de cooperación en la evangelización” (Cooperatio Missionalis, 2).

35 Cf. CNBB. Projeto Nacional de Evangelização: o Brasil na missão continental. IX Programação.

36 Cf. Girard, Marc, p. 63-70.

37 Cf. RASCHIETTI, Stefano. Onde está a missão ad gentes? In: VV.AA. Pelos caminhos da América. Os desafios da Missão à luz das Conferências do Celam. São Paulo: Missões, 2007, p. 42-50.

38 SUESS, Paulo. Introdução à Teologia da Missão. Petrópolis, RJ: Vozes, 2007.